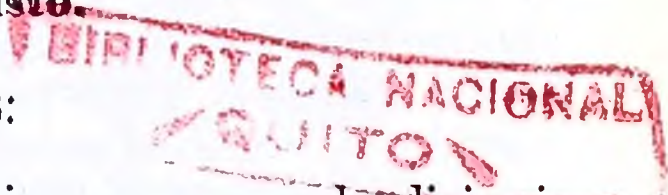


NOS. D. JOAQUIN TOVAR,
ARCEDIANO DE LA SANTA IGLESIA
METROPOLITANA DE QUITO,
VICARIO GENERAL Y GOBERNADOR DE LA ARQUIDIOCESIS &c

Al clero y pueblo del Arzobispado, salud y gracia en N. Señor Jesucristo.

Carísimos hermanos:

Hemos alcanzado unos tiempos en que la divina justicia armada de una terrible espada castiga al mundo prevaricador. En todas las edades ha habido hombres que, *sentados en cátedras de pestilencia*, han enseñado á los pobres hijos de Eva á sacudir el suave yugo que les impusiera su Criador para conducirlos á la eterna bienaventuranza; pero se podría decir, que en el siglo actual las potestades infernales, dejando el lugar de su suplicio, se han lanzado á la tierra para enseñar á sus moradores á rebelarse contra Dios. Los hombres, al mismo tiempo que han hecho la apoteosis de su razon y la han adorado en lugar de Dios, se han degradado hasta ponerse al nivel de los brutos, no buscando con ansia sorprendente, sino los placeres sensuales. Avidos de libertad sin límites y en todo sentido, han despedazado los resortes que movian la máquina social; y los pueblos y las naciones, sin un punto fijo de partida, sin un objeto preconcebido adonde dirigirse, marchan impulsados por una violenta y continúa conmocion. Y es na-



tural esta conmoción continua y violenta; porque la armonía y la calma provienen del orden, y el orden está en la observancia de las leyes que Dios dictó á los hombres en sociedad; y ellos en lugar de observarlas, las han conculcado, sustituyendo otras de su invención. Dios dijo: "Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios;" y los Césares del actual siglo se apropian todo para sí y nada quieren dejar á Dios. Dijo además: "Obedeced á los que ejercen el poder, porque ellos son ministros de Dios;" y los hombres del actual siglo replican: "Les obedeceremos hasta que sea de nuestro agrado, porque ellos son nuestros delegados y podemos retirarles nuestros poderes cuando queramos." Jesús nuestro Dios y Salvador, derramando torrentes de sangre, apurando hasta las heces el caliz del dolor, fundó la Iglesia para que fuera como el arca en cuyo recinto se salvase la humanidad; y los hombres del actual siglo no solo rehúsan entrar en ella, sino que los de dentro salen y hacen de modo que arrastren en pos de sí á otros innumerables. Jesús enriqueció á esa Iglesia con preciosos derechos y prerogativas; y los hombres del actual siglo, no solo le niegan esos derechos y prerogativas, sino que le despojan de ellos; y habiéndola Jesús constituido Reina y Señora, pretenden hacerla vil esclava. Para regirla y gobernarla, el Salvador estableció una Cátedra, y al hombre que se había de sentar en ella le confirió poderes divinos; y para que pudiera ejercer con entera libertad esos divinos poderes, cuando ya la Iglesia abarcaba el mundo entero y este se había fraccionado en muchas nacionalidades, plugo á su providencia darle la soberanía de un pequeño territorio en el que estaba asentada aquella ciudad que, habiendo sido ántes la maestra de todo error, debía ser despues, hasta la consumación de los siglos, el faro que guiara á los hombres por el ca-

míno de la vida eterna; porque en ella se habia levantado aquella Cátedra de verdad, que no puede engañarse ni engañar cuando nos enseña qué debemos hacer y qué no hacer para agradar á Dios. Pues ved ahí, carísimos hermanos, que los hombres de nuestro siglo, ingratos á Dios é ingratos al augusto Jefe del catolicismo, le despojan de lo que Dios le habia dado, le impiden ejercer su mision y le aprisionan. Y no contentos con privarle de la libertad y usurparle su ciudad, han conseguido que en ella, que es centro de la religion católica, cementerio venerando donde reposan las cenizas de innumerables santos mártires y confesores, relicario que encierra tantos y tantos objetos, á cuya presencia los cristianos se postran llenos de respeto, han conseguido, decimos, que en esa ciudad, por mil titulos santa, desaparezca el culto público; y que al católico moribundo no se le administre el santísimo Cuerpo del Señor con aquella pompa y magestad que es debida, y que el cadáver del cristiano que murió en la paz de Dios, sea entregado á la tierra, sin que precedan los sacrificios, cantos de salmos y demas oraciones que la santa Iglesia ha prescrito para el alivio de las almas que se purifican en el Purgatorio.

A presencia de todo esto ¿no tendremos razon, carísimos hermanos é hijos míos, para decir que el brazo de Dios se ha levantado tremendo para castigar al mundo? No lo dudeis; porque cuando Dios castiga con clemencia, llama como ministros de su justicia á la peste, á la guerra, al hambre, á la violenta conmocion de la tierra y á otras semejantes calamidades; pero cuando su enojo contra el hombre prevaricador y contumaz pide justicia, y nada mas que justicia, entónces le retira sus gracias, le abandona para que siga impávido las inclinaciones de su dañado corazon, y castiga en él su pecado con el pecado mismo. ¿No

es esta la terrible situacion del mundo? Pero ¡con qué razon hace Dios con él tan espantable justicia! Se podría decir de los hombres de hoi, lo que Dios afirmó de los que habitaban el mundo los últimos años ántes del diluvio; *es mucha la malicia de los hombres sobre la tierra y todos los pensamientos del corazon están inclinados al mal.* (1)

Pero, hijos míos, ¿no será posible aplacar el justísimo enojo de Dios? Sí; porque *El es compasivo y misericordioso, de mucha espera y muy misericordioso. No estará enojado para siempre, ni amenazará eternamente... por que El conoce la masa de que somos formados* (2). Mas, ¿habrá algun medio infalible para aplacar á Dios? Sí: la penitencia y la oracion. Si nuestros pecados han encendido su ira; si El es compasivo, muy misericordioso é inclinado á perdonar, es imposible que, si nos arrepentimos cordialmente de nuestros yerros, enmendamos de veras nuestra vida, y obramos lo bueno, y al mismo tiempo elevamos hácia Dios humildes y fervientes oraciones y plegarias, no aparte su justicia, dé lugar á la misericordia, enjague nuestro llanto y nos dé dias de paz y consuelo. Y es imposible que así no suceda, porque imposible es que Dios falte á su palabra; y El ha dicho: *Si convirtiéndose mi pueblo me rogare y buscare mi rostro, y se arrepintiere de sus caminos muy malos; Yo tambien le oiré desde el cielo, y seré propicio á sus pecados y sanaré su tierra.* (3) Habéis comprendido, amados hermanos é hijos míos? *Sanabo terram eorum*, sanaré la tierra de ellos, esto es, la libraré y preservaré de todos los males y de las calamidades públicas, segun esplica este lugar el Reverendísimo Scio.

Si esto es así ¿qué esperamos, carísimos hijos? Apresuremonos á purificar nuestras conciencias y á elevar á

(1) Gén. 6.—(2) Salm. 102.—(3) Deut. 7.

Dios fervorosas oraciones. Hagámoslo; y estad ciertos que los males cesarán, que N. santísimo Padre Pio IX será libre, y la Iglesia de Dios triunfante, seguirá su marcha gloriosa para bien de sus hijos.

Mas como la oracion hecha por los fieles congregados es mas provechosa que cuando cada uno la hace aisladamente; pues el mismo Salvador pronunció estas palabras: *Os digo que si dos de vosotros se convinieren sobre la tierra, todo lo que pidieren les será otorgado por mi Padre que está en los cielos* (4), algunos hombres piadosos de Roma han compuesto ciertas oraciones para que sean rezadas por las familias. Estas oraciones fueron presentadas á N. santísimo Padre con las formalidades de costumbre, y él se ha dignado aprobarlas y enriquecerlas con 100 dias de indulgencias, aplicables á las almas del Purgatorio, por Breve de 29 de noviembre de 1870. Traducidas fielmente del original latino, he mandado se impriman y repartan á los fieles. Mas para obtener el fruto que deseamos, ademas de exhortar á los Padres y madres de familia, para que dispongan que toda ella congregada, las recite diariamente, he tenido á bien ordenar que todos los párrocos y rectores de iglesia hagan rezar al pueblo dichas oraciones, á lo ménos en los dias domingos, sea al principiarse la misa parroquial, sea á la hora en que los fieles se congreguen para alguna distribucion espiritual, y esto mientras dure la aflictiva situacion en que se encuentra el Sumo Pontífice.

Dada en Quito á 27 de marzo de 1871.

Joaquin Tovar.—

José Nieto, secretario.

(4) *Mat.* 18.

Imprenta de Juan Campuzano.

